

Reseña

Pippa Norris. *Democratic Deficit: Critical Citizens Revisited*. Cambridge: Cambridge University Press, 2011, 336 pp.

Carlos Ernesto Ichuta Nina*

En el transcurso de los años noventa, un conjunto de fenómenos políticos caracterizado por el creciente “odio” de la gente hacia la política; su desconfianza hacia las instituciones de la democracia representativa; la pérdida de militantes, por parte de los partidos políticos; y la disminución de la concurrencia electoral, se hizo mundialmente evidente. Es más, el apoyo que fueron logrando los líderes populistas y los partidos de derecha radical, en los países de la Unión Europea, fue atribuido a esos fenómenos los cuales pasaron a ser identificados finalmente como la evidencia de un déficit democrático y un descontento con la democracia entre la gente que podía tener funestas consecuencias sobre la sostenibilidad del sistema.

Tal temor hizo que los diagnósticos pesimistas y los más terribles pronósticos acerca del futuro de la democracia comenzaran a propagarse en el mundo. Algunos anunciaron el advenimiento de una era posdemocrática y muchos advirtieron la llegada de un periodo de invierno de la democracia presagiando incluso la muerte de esta forma de gobierno.

Mas a pesar de las evidencias y de las graves crisis políticas que muchos estados democráticos fueron enfrentando en el mundo, incluso antes de la década mencionada, la forma democrática de gobierno fue resistiendo a los embates y su debacle parecía estar lejos de suceder por lo que los diagnósticos pesimistas acerca del futuro de la democracia fueron considerados exagerados y perversos. Por esto, un grupo de estudiosos internacionales consideró perentorio el análisis del apoyo a la democracia y sus aportaciones aparecieron publicadas en el libro: *Critical Citizens: Global Support for Democratic Governance*, editado por Pippa Norris, en 1999.

A partir de diferentes enfoques teóricos y a través de un abordaje comparativo del apoyo a la democracia, en dicho trabajo esos estudiosos arribaron a un consenso que suponía precisamente un cuestionamiento a los diagnósticos pesimistas de la democracia, ya que señalaron que el descontento democrático no provenía de actitudes antidemocráticas de la gente sino de una tensión entre sus ideales democráticos y su percepción acerca del funcionamiento real del sistema. Es decir, en virtud de sus expectativas para los ciudadanos la democracia funcionaba mal, pero esto no era una razón para renunciar a ella sino para exigir su funcionamiento efectivo a través de la demanda de más y mejor democracia.

Tal explicación dio lugar a la construcción de la categoría de los ciudadanos críticos, la cual frente a equívocos conceptos como la de los ciudadanos “desencantados”, “desconfiados”, “cínicos”, “descontentos”, etc., parecía referir adecuadamente el estado del apoyo global hacia la democracia. De hecho, a casi un decenio del libro editado por Norris, la categoría de los ciudadanos críticos parece mucho más pertinente, ya que si bien de acuerdo a los diferentes reportes acerca del estado de la cultura democrática, en el mundo, el descontento

* Candidato a Doctor en Sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México.

democrático no habría cesado y más bien se habría profundizado, ninguna democracia ha experimentado su debacle en los últimos años; e incluso las crisis políticas en regímenes autocráticos han sido asociadas a la aspiración democrática de sus ciudadanos, siendo la principal evidencia de este argumento lo acaecido recientemente en los países árabes.

Quizá por esa pertinencia, el libro editado por Norris fue considerado en su momento como “el estudio de la cultura cívica, cuarenta años después”, nada más y nada menos que por uno de los pioneros de los estudios de cultura política, a nivel global: Gabriel Almond.

Sin embargo, la categoría de la ciudadanía crítica dejaba muchas cuestiones sin resolver debido a que carecía de una sólida base teórica y metodológica al derivar del análisis del déficit democrático desde diferentes enfoques a menudo contrastantes; es más, por esto, la propia categoría fue construida con base en una serie de variables no siempre coincidentes.

Precisamente, con el objetivo de otorgarle sistematicidad teórica y metodológica al estudio del déficit democrático y por consiguiente darle fortaleza a la categoría de los ciudadanos críticos, en 2011 Norris emprendió una tarea de reconsideración de los hallazgos de su primer libro, publicando, en solitario, *Democratic Deficit: Critical Citizens Revisited*.

En éste, teóricamente Norris establece una discusión con los enfoques cultural, sociológico, económico, comunicacional e institucional desde los cuales suele ser analizado el apoyo a la democracia y que en el primer estudio aparecieron precisamente como pertinentes. Sin embargo, la autora no demerita los aportes de cada enfoque sino que critica el aislamiento académico y las explicaciones parciales de cada uno de ellos, abogando por el tratamiento del déficit democrático mediante un enfoque multidimensional; esto siguiendo además a David Easton (Pionero del estudio del apoyo político) para quien el apoyo al sistema debía ser entendido justamente como un fenómeno multidimensional, en la medida en que incluiría tanto aspectos difusos como específicos. Por ello, la teoría comprensiva del apoyo a la democracia no supondría la suma de enfoques sino la interrelación de éstos para a partir de ello identificar los elementos que den cuenta de la recíproca relación de factores que permitan distinguir las actitudes de los ciudadanos, no viéndolas como una sola pieza.

De ese modo Norris aterriza en el tema de la cultura política a la cual considera el principal factor explicativo del déficit democrático, ya que además de referir los valores, sentimientos, actitudes, creencias y conocimientos de los ciudadanos, la cultura política derivaría de la compleja relación de aspectos tales como la socialización política, el constreñimiento institucional, los incentivos políticos, la comunicación política, etcétera.

Pero al ser la cultura política un factor sumamente complejo, sobre todo por cómo ésta es entendida, Norris se ve en la necesidad de precisar la batería de variables para el análisis del apoyo a la democracia. Esta batería consiste en las variables socio-demográficas (tomadas como variables de control), el sentimiento de pertenencia a la nación, el acuerdo o desacuerdo con los principios centrales y los valores normativos e ideales de la democracia; la evaluación del desempeño del régimen, medido por la satisfacción con las acciones del gobierno y el funcionamiento de los procesos y las prácticas democráticas; la confianza en las instituciones del régimen; y la aprobación de los funcionarios públicos. Además, para diferenciarse de cualquier análisis convencional de la cultura política, Norris incorpora a su

batería de variables a la identificación partidaria y al capital social, a las cuales considera factores a menudo olvidados en el ámbito del análisis político.

Con esa precisión, Norris nos presenta finalmente lo que a su juicio considera como la vía metodológica más adecuada para el análisis del déficit democrático y que en consonancia con su propuesta teórica consistiría en la metodología cuantitativa, particularmente los modelos estándar de regresión. Estos son considerados adecuados, porque al permitir el manejo de datos individuales y agregados los modelos lineales jerárquicos permitirían la explicación mediante patrones de comparación dependiendo de la fuerza y significación de los hallazgos. Así la autora emprende el análisis del déficit democrático y la defensa de la categoría de los ciudadanos críticos, recurriendo a los datos del Eurobarómetro, la Encuesta Mundial de Valores y la Encuesta Europea de Valores que abarcan el periodo 1981-2007 y que incluyen a más de cincuenta países que comprenden tanto viejas como nuevas democracias y naciones con elevado, medio y bajo nivel de ingresos.

Norris encuentra que: a) el apoyo hacia la democracia no se erosionaría consistentemente en el mundo, por lo que la crisis de la democracia quedaría constituida como un mito al fracasar en el diagnóstico de sus peligros; b) la insatisfacción con el funcionamiento de la democracia divergiría de las aspiraciones democráticas, de la gente, de manera diferenciada; c) las aspiraciones democráticas serían universales y estarían determinadas por una serie de factores que contribuirían a la sostenibilidad del régimen pues incluirían diferentes formas de participación, el interés de los ciudadanos, el cumplimiento voluntario con las autoridades y la regla de la ley, la construcción del Estado y el fortalecimiento de la democracia; d) el conocimiento democrático bien informado (*Enlightened democratic knowledge*), definido por la conciencia de los ciudadanos respecto a algunos principios democráticos básicos y su capacidad para distinguir los incompatibles ensancharían el déficit democrático porque dicho conocimiento estaría fundado en la experiencia histórica democrática, la comunicación cosmopolita, los niveles de desarrollo económico, las virtudes cognitivas derivado de la educación y del acceso a los medios de información.

Aunque a partir de tales conclusiones el estudio de Norris se parece a cualquier análisis de cultura política, su principal mensaje consiste en un cliché: que la democracia tiene que cambiar; sin embargo, Norris considera que lamentablemente no existe una receta para producir ese cambio, puesto que la creación de agencias regulatorias, instituciones anticorrupción, defensorías del pueblo, auditoras de impuestos, no determinan el mejoramiento de la democracia. Porque el deseo de cambio de los ciudadanos no solamente apuntaría hacia los rediseños institucionales, sino también hacia revisiones constitucionales. Además, como lo señala Norris, los estados democráticos serían más vulnerables al riesgo en la medida en que dependerían del apoyo popular para obtener su legitimidad.

Existe por tanto en esas conclusiones un sentido negativo acerca de la imposibilidad de mejora de la democracia que quizá se deba a que Norris no puede deducir más allá de lo que los números o las correlaciones significativas se lo permiten, ya que los ciudadanos críticos son defendidos por modelos matemáticos y no existe una defensa de ellos a partir de su propia narrativa. Quizá por ello, en el caso de América Latina, el análisis de la autora es severamente parcial y sus referencias a la región parten de insistentes citas al trabajo de

John Booth y Mitchell Seligson (2009), los cuales son de los pocos autores que utilizaron la categoría de la ciudadanía crítica para referir el estado de la cultura política en la región.

A pesar de ello, el libro de Norris constituye un aporte fundamental para pensar el problema del déficit democrático y la pertinencia de una categoría que necesita mayores reconsideraciones sobre todo tomando en cuenta la experiencia latinoamericana en la que los ciudadanos críticos parecen protestar por las calles día con día.

Bibliografía

Booth, John, y Mitchell Seligson (2009). *The Legitimacy Puzzle in Latin America: Political Support and Democracy in Eight Nations*. New York: Cambridge University Press

Norris, Pippa (1999). *Critical Citizens: Global Support for Democratic Governance*. Oxford: Oxford University Press.

Norris, Pippa (2011). *Democratic Deficit: Critical Citizens Revisited*. Cambridge: Cambridge University Press.